

"Yo chocolate, papá galleta" Adopción y estereotipos raciales: la experiencia de las familias

Beatriz San Román.
-CORA-
bsanroman@postadopcion.org

Esta ponencia fue presentada en el [I Fórum Internacional de Infancia y Familias](#)

INTRODUCCIÓN:

España: un pasado reciente monocolor

La diversidad cultural y étnica de la población española es extraordinariamente reciente. En 1970 las cifras oficiales de residentes extranjeros en España experimentan lo que entonces se considera un crecimiento espectacular, pasando del 0,2% de 1960 a un 0,4%, del cual hay que señalar que más de un 60% procedía de países de la actual U.E ⁽¹⁾. En apenas dos generaciones, España ha pasado de ser un país de emigrantes a convertirse en receptor de inmigración y actualmente se calcula que los inmigrantes extracomunitarios suponen entre un 10 y un 20% de la población española.

Rápido crecimiento de la adopción internacional

Por otro lado, también el llamado "boom" de la adopción internacional es un fenómeno reciente. De acuerdo a las cifras oficiales⁽²⁾, 206 menores de origen extranjero fueron adoptados por familias españolas en 1992 y, desde entonces, la cifra no ha dejado de crecer hasta llegar a las 5.423 adopciones formalizadas en 2005. La gran mayoría de los menores adoptados internacionalmente proceden del continente asiático (más del 50% de China) y se observa un fuerte crecimiento de las adopciones en África⁽³⁾.

Consecuencias:

Como consecuencia de estas dos circunstancias, en nuestro país:

1. Existe una cultura de la adopción aún en pañales, cargada de tópicos, idealizaciones y falsos mitos. A modo de ejemplo, recogemos dos puntos extraídos del *Cuaderno pedagógico* (sic): *la adopción de un niño*⁽⁴⁾, publicado este mismo año:
 - *“¿Los hijos adoptivos tienen dificultades suplementarias en su evolución?
En realidad, no más que cualquier otro. (...) Si los progenitores (sic) los tratan como si fueran hijos naturales, ellos actuarán como tales y crecerán sin mayores problemas”.*

- “¿Está justificado el miedo al racismo?
Vivimos en una sociedad cada vez más multicultural y este temor cada día es menor. Hoy en día hay muchas familias europeas que tienen hijos adoptivos de países como China o Nepal...”

A ello se une un discurso social dominante que elude el término “raza” y se centra en las “diferencias culturales”. Como veremos más adelante, este discurso resulta engañoso en la medida en que en nuestra sociedad los rasgos raciales siguen siendo considerados signo inequívoco de otredad.

2. Se ignoran los retos específicos de las familias multirraciales y de las adopciones interracial. A diferencia de lo que ocurre en Canadá o en los Estados Unidos, no existe una corriente contra las adopciones tranraciales. Tanto las familias solicitantes de una adopción interracial como los profesionales encargados de su formación carecen de referencias directas sobre lo que significa adoptar a un hijo de otra raza o vivir en una sociedad predominantemente blanca perteneciendo a una minoría de origen no-caucásico. Todo ello se traduce en una escasa –cuando no nula– preparación para los retos que ello conlleva.

El objetivo de la exposición –elaborada a partir de la experiencia de las familias compartida en las asociaciones y en distintos foros de internet– es explicar sus vivencias:

- Cómo nos decidimos por la Adopción Interracial con un gran desconocimiento de lo que significa.
- Cómo pasamos de pensar que consiste en integrar a un nuevo miembro de diferente origen a entender que conforma familias multirraciales.
- Cómo pasamos de una cierta ingenuidad a la constatación de la vigencia de los estereotipos raciales.
- Cómo reaccionamos, tanto en la esfera pública como en el ámbito íntimo de la educación de nuestros hijos.
- Cómo aprendemos día a día y tomamos conciencia de lo que nos falta, de la necesidad de estudios que nos ayuden a entender la realidad y las vivencias de nuestros hijos, y de la necesidad de compartir información y experiencia entre todos los implicados.

DE LA INGENUIDAD A LA REALIDAD

En el momento de decidir una adopción interracial, los padres examinan sus propias creencias y actitudes. En las primeras fases, las dudas suelen estar centradas en la capacidad de vincularse a una personita “tan distinta a nosotros físicamente”. Una vez superado este temor inicial, el tema del racismo tiende a ser minimizado, y se confía en que una alta autoestima y la absorción de nuestra cultura servirán para proteger al futuro hijo.

Aún antes de la llegada del niño al hogar, los padres empiezan a descubrir con asombro e indignación que los estereotipos racistas están aún muy presentes en la sociedad. Al compartir la buena nueva de su futura paternidad con familiares y amigos, no es inusual que éstos les sorprendan con frases como: “¿Y por qué no adoptáis un rusito, que son más como nosotros?”; “Piénsatelo bien, las chinas de niñas son muy monas, pero cuando crecen son horribles”.

Cuando el niño llega a casa, descubren además hasta qué punto su familia “llama la atención” y es blanco preferente de la curiosidad y la ignorancia de cualquier desconocido. Muchas de las preguntas y comentarios que reciben no son específicamente de tinte racial, sino que reflejan la ignorancia y los prejuicios en torno a la adopción. Sin embargo, son las diferencias físicas entre padres e hijos las que, al hacer evidente la adopción, las convierten en algo abrumadoramente habitual. Unas veces, cuestionan directa o indirectamente la validez de las familias, considerando éstas como de segunda categoría o como una ONG: “¿Es tu ‘verdadera’ hija? Pero tuya, tuya no es, ¿verdad?”; “¡Qué buena obra habéis hecho!”. Otras insinúan que el niño ha sido comprado, como si de una mercancía se tratara. “¿Cuánto te ha costado?”, “A ver si tenéis suerte y os sale bueno” o “En Etiopía son más baratos porque son negros ¿no?” son claros ejemplos.

Capítulo aparte merecen las constantes intromisiones que sin tacto alguno violan la intimidad y el derecho a la privacidad. Personas que jamás osarían preguntarnos sobre aspectos privados de nuestras vidas –como nuestro sueldo, por ejemplo– no tienen reparo en plantear cuestiones sobre aspectos mucho más íntimos: “¿Y qué sabes de su ‘verdadera’ madre?”; “Pobrecito, ¿lo abandonaron en la calle?”.

Todas estas situaciones constituyen una evidencia de una verdad que las familias que hemos adoptado un niño de otra raza necesitamos asimilar: en nuestra sociedad las reacciones que uno recibe por parte de los demás no son iguales cuando se es caucásico y cuando no se es. Cuando se hacen patentes los prejuicios ligados a las comunidades de origen de nuestros hijos, esta realidad se hace mucho más palpable. Una madre relataba que ella y su hija de origen africano habían coincidido con otra mujer y su pequeña en la panadería. “Mamá, ¡esa niña negrita le ha dicho mamá a esa señora!” exclamó con asombro la niña. La respuesta de su madre fue aún más sorprendente: “Shhhhh, calla, hija, que ella también es una criatura de Dios y no tiene la culpa de nada”. Otra contaba que ante una rabieta de su hijo de tres años que no quería volver a casa tras una tarde en el parque, un transeúnte comentó: “¡Qué salvaje, tendrían que devolverlo a la selva!”.

Procesando la rabia, desarrollando nuevas estrategias

¿Cómo reaccionan las familias ante los primeros encontronazos con la vigencia de del racismo? Tanto cuando se producen en la esfera privada como cuando tienen lugar en plena calle, la primera reacción de los padres suele ser de sorpresa e indignación y se debaten al principio entre la necesidad que sienten de explicar sus familias a quienes no las comprenden y la de mandar a hacer puñetas. La mayoría de los padres se marcan como prioridad preservar a toda costa a sus hijos de los prejuicios y comentarios racistas.

En el entorno más cercano, por lo general las familias encuentran una visión positiva de la adopción, no exenta de una nube de mitos y estereotipos que se manifiestan en comentarios y actitudes poco apropiadas. Los nuevos padres inician –aún antes de la llegada del niño o niña– una labor de educación y sensibilización de las personas que tienen o tendrán un contacto continuado con sus hijos. Cuando sus intentos son infructuosos, se suele producir un distanciamiento de personas que hasta entonces eran importantes en su vida. No es infrecuente leer en los foros de familias adoptivas de internet que *“la adopción es una estupenda manera de renovar la agenda.”*

La aparición constante de comentarios y preguntas intrusivas procedentes del “mundo exterior” nos obliga a desarrollar nuevos mecanismos de defensa. Las familias se dan cuenta que necesitan primar el mensaje que oyen los oídos de sus hijos por encima de lo que perciba el interlocutor de turno. Como explicaba una madre adoptiva: *“Al principio, me quedaba bloqueada, ¡es increíble la cantidad de barbaridades que pueden salir por la boca de los seres humanos! Ahora tengo claro que mi objetivo principal no es darle una lección al cenutrio de turno, sino proteger y educar a mis hijas”.*

En los foros de internet, se comparten reflexiones y estrategias de respuesta encaminadas a fortalecer la autoestima de los hijos, proteger su intimidad y reafirmar la familia como tal, enfatizando que nuestras familias son “verdaderas familias” y nuestros hijos, nuestros “propios hijos”. Aún cuando las conversaciones se inician en un tono amable, aprendemos a desviar la conversación hacia otro tema que no tenga ver con nuestros hijos. Una madre comentaba que cuando le preguntaban si su hijo era adoptado, respondía *“sí, ¿y usted?”*. Otra explicaba que ante preguntas como *“¡Qué ojos tan bonitos tiene esta niña! ¿Se parecen a los de su papá?”* contestaba con algo del tipo *“¡Uy señora! ¡En nuestra familia tenemos ojos para todos los gustos!”*.

A medida que los niños van creciendo, los padres tratan de enfocar estas situaciones como ocasiones de aprendizaje, pues saben que sus hijos tienen que hacerles frente en solitario cada vez con más frecuencia. Un padre afirmaba que cuando alguien preguntaba sobre los orígenes de su hijo o sobre cualquier cuestión privada, en lugar de contestar directamente, miraba a su hijo y dirigiéndose a él decía *“¡Hay que ver que cosas pregunta la gente! ¿Quieres que le contestemos?”*. De este

modo, dejaba patente ante su hijo que tal vez no pueda controlar las preguntas, pero sólo él es dueño de las respuestas.

Con el tiempo nos habituamos a encajar las intromisiones y comentarios poco afortunados como inevitables, y a modelar respuestas para sortearlos sin alterarnos. Aún así, no siempre y en todo momento somos capaces de dar una buena respuesta, por lo que es práctica frecuente entre los padres, sobre todo con niños mayores de siete años, volver a posteriori sobre el incidente, compartir su desconcierto en el momento en que fueron interrogados, y conversar con sus hijos sobre qué podrían haber dicho o cómo reaccionarán la próxima vez.

¿Ciegos al color?

A pesar de que los episodios antes descritos encienden las primeras alarmas, con frecuencia lleva varios años asimilar el alcance y la incidencia que los estereotipos tendrán sobre nuestros hijos a lo largo de sus vidas.

En una primera etapa, los padres se centran en cimentar la vinculación y el sentimiento de pertenencia a la familia. Ante la constatación de que cualquier duda sobre la dificultad de querer a un hijo físicamente distinto era infundada, tienden a crear hogares ciegos al color. Como explicaba el padre de una niña africana en el suplemento dominical de un conocido diario, *“yo a mi hija no la veo negra, la quiero tanto que no la veo negra”*.

Obviamente, los niños son pronto conscientes de las diferencias físicas en el seno de la familia, a lo que los padres reaccionan tratando de convertirlas en una razón de orgullo, diciéndoles frases como *“mi princesita de los ojos rasgados”*. *“mi chinita bonita”*, *“la gente va a la playa para ponerse moreno como tú”*, etc. Los primeros incidentes en torno a la raza que se producen en el ámbito escolar tienden a ser considerados similares a los que se dan por *“llevar gafas”* o *“ser gordito”*.

Vale la pena apuntar que la mayoría de los padres desea que sus hijos se sientan orgullosos de sus orígenes. *“Los orígenes”* es una expresión ambigua que tiende en un principio a relacionarse con la cultura del lugar de origen, lo que se manifiesta en la adquisición y consumo de bienes culturales del país de procedencia (libros, música, platos típicos, folklore, etc.). Obviamente, desean también que se sientan orgullosos de su imagen física y de su condición de adoptados. Sin embargo, existe una especie de bloqueo que impide encontrar similitudes entre los hijos adoptados y los de familias inmigrantes que provienen del mismo lugar. *“Nuestros hijos serán diferentes”* es una frase frecuente entre quienes se encuentran en las primeras fases de la adopción. Como veremos más adelante esta creencia se resquebraja a medida que acumulamos experiencias como familias multirraciales y reflexionamos en torno al concepto de identidad.

¿De dónde eres?

“¿De dónde eres?” es una pregunta que persigue por igual a los menores adoptados interracialmente y los descendientes de inmigrantes durante toda su vida. Al principio, convencidos de la supremacía total de lo cultural frente a lo racial en la formación de la identidad, muchos padres adoptivos enseñan a sus hijos a contestar “de Sevilla”, “de Vilafranca”, “de Menorca”. A medida que pasa el tiempo, tanto los adultos como los niños se dan cuenta de que la cuestión es más compleja de lo que aparenta. Tomemos el ejemplo de Alba, nacida en la India que ha oído la misma cuestión una y otra vez desde que tiene recuerdos. “Soy de Alcorcón” replicaba al principio siguiendo la pauta que le habían enseñado. Sin embargo, a sus ocho años tiene clarísimo que ésa no es la respuesta correcta, ya que nunca satisface a su interlocutor. Por ello ahora devuelve la pregunta: “¿Quieres saber dónde vivo o dónde nací?”. A su corta edad, ha descubierto que la gente no acepta de buenas a primeras que ella forma parte de “nuestra” sociedad.

Como apuntábamos en la introducción, el discurso social dominante ha dejado de emplear el término “raza” y se centra en las “diferencias culturales” para explicar lo que nos diferencia de un africano o un latinoamericano. No obstante, una observación crítica de la realidad revela al instante que son los rasgos-físicos-que-se-heredan-genéticamente –los que antes de caer en los dodecasílabos de la corrección política todos reconocíamos como “raciales”– los que ponen en marcha las aprensiones y suspicacias hacia “el diferente”. Buena parte de los padres adoptivos se agarran a este planteamiento falaz y los hay que hasta se sienten molestos cuando alguien pronuncia la palabra “raza” en su presencia. Cuando en la biblioteca online de www.postadopcion.org colgamos unos artículos sobre la identidad racial, recibimos algunos e-mails de padres que nos reprochaban que estuviéramos contribuyendo así a perpetuar un discurso obsoleto y discriminatorio. En todos ellos se repetía una misma máxima: “raza no hay más que una: la raza humana”. Y ciertamente los estudiosos del ADN declaran que genéticamente no se puede hablar de razas distintas en la especie humana, pero no por ello podemos olvidar que la sociedad sigue haciendo distinciones en función de los rasgos físicos.

Al asumir la nueva verdad científica como algo asumido socialmente, creen que sus hijos no experimentarán dificultades para integrarse en nuestra sociedad: puesto que serán educados en nuestra cultura, no tendrán problema en reconocerse como vascos, catalanes, sevillanos, etc. Después de todo, se diría que lo que nos define como tales no son aspectos que se transmitan genéticamente, sino un territorio, una lengua y unos referentes culturales comunes. O al menos así fue en nuestra infancia y nuestra primera juventud, cuando al vivir en una sociedad casi exclusivamente blanca no utilizábamos la raza para definir nuestra identidad frente a los que nos rodeaban...

CUANDO CAE LA VENDA

Tanto los adultos como los niños descubren con el tiempo que ser diferente puede ser muy difícil. A medida que los pequeños crecen, viven como una carga lo que antes les hacía sentirse “especiales”. Son muchos los niños y niñas que lo verbalizan claramente con frases como “*Yo no quiero ser negro*” o “*quiero ser como tú*”. En muchas ocasiones su autoestima se resiente y, en algunas, el tema se convierte en una obsesión oculta cuyas manifestaciones desconciertan a los padres. Algunos padres relatan con asombro como el niño que hasta los seis o siete años vivía orgulloso de su piel morena se frota la piel con lejía: a ciertas edades, ser diferente “no mola nada”.

Paralelamente, los adultos de la familia van tomando conciencia de la realidad. “*Hasta que no somos ‘un poco negros’, tendemos a minimizar el racismo y sus consecuencias*” explica una madre. Intuímos cada vez con más claridad que solo de forma temporal podemos proteger a nuestros hijos del daño que les harán los prejuicios: “*Cuando son pequeños son monísimos, cuando se van haciendo mayores son negritos, un poco más mayores negros, y a los dieciocho –para muchos– delincuentes en potencia*”. Es así como el factor racial cobra importancia en las preocupaciones de los padres. Por un lado, al pertenecer a una familia multirracial desarrollan una especial sensibilidad hacia los signos de la vigencia del racismo en la sociedad. Por otro, asisten impotentes a las primeras expresiones de su impacto en los niños y constatan con preocupación que son más dados que la media a presentar problemas de autoestima.

En consecuencia, se profundiza la reflexión sobre los recursos que debemos proporcionar a los niños, tanto para cimentar una identidad sólida y positiva como para hacer frente a las inevitables manifestaciones de racismo que sufrirán a lo largo de sus vidas. Sentimos como ineludible la necesidad de contrarrestar la difusión de abrumadores estereotipos a través de la prensa, la televisión y, en ocasiones, los discursos políticos. Sentimos la necesidad de enriquecer nuestra familia y nuestra vida cotidiana incorporando no solo productos étnicos, sino también otras personas que puedan ofrecer referentes positivos a nuestros hijos. Entendemos, al fin, que para no sentirse bichos raros no basta con tratar otras familias adoptivas y otros niños adoptados, necesitan también ver que nos relacionamos de forma positiva con adultos de su misma raza u origen. Entendemos la necesidad de encontrar referentes adultos variados en nuestro entorno próximo. No siempre resulta fácil, puesto que a pesar de la diversidad de la población española, la interacción entre comunidades es limitada y aún estamos lejos de alcanzar una paridad de roles.

El siguiente texto pertenece a un post muy revelador escrito por una madre de dos niñas etíopes en el blog de postadopcion.org⁽⁴⁾.

“Ser madre de una niña negra significa...

- Aprender a responder a los comentarios de cualquiera, familiar, desconocido... ¡Todos se sienten con derecho a interrogarte!”*
- Enseñar a tus hijas a proteger su intimidad, sin esconder su realidad.*
- Aprender lo que es el racismo y tener que aprender a combatirlo.*

- 7 -

⁽⁴⁾ “*Yo chocolate, papá galleta. Adopción y estereotipos raciales: la experiencia de las familias*”. San Román, Beatriz.

[I Fórum Internacional de Infancia y Familias](#), Barcelona 2006.

Biblioteca virtual de www.postadopcion.org

- *Sentirte algo negra y desear ser negra como tu hija.*
- *Sentirte un poco culpable por haberlas traído a este mundo tan blanco.*
- *Interrogarte continuamente sobre qué es la identidad y para qué sirve.*
- *Desear para tus hijas lo mejor, sin tener claro que es lo mejor. ¿Que se sientan africanas? ¿Sentirse europeas, cuando muchos europeos no las reconoceran jamás como tales? ¿No sentirse nada?*
- *Esperar que sean guapas, simpáticas e inteligentes, para que el mundo ‘las trate bien’ y les ‘perdone el ser tan negras’. Esperar que salgan cirujanos, científicos...aún sabiendo que eso no asegura la felicidad”.*

EL TESTIMONIO DE LOS JÓVENES ADOPTADOS

Mientras los hijos son niños, los padres se muestran siempre alerta para tratar de protegerlos contra la toxicidad del racismo. Muchas veces, nuestra simple presencia actúa como un manto protector, ya que también la sociedad tiende a percibir de modo distinto a los hijos de los inmigrantes y a los niños adoptados. Es cuando crecen y caminan en solitario cuando nuestros hijos comprenden realmente qué significa no ser caucásico en una sociedad sensible a las diferencias raciales.

El testimonio de los hoy adultos que fueron menores adoptados pone de manifiesto la dificultad de identificarse con una comunidad que les mira con desconfianza y cuestiona su pertenencia. Han sido educados para ver el mundo y sentir la vida como el resto de su familia, pero nuestra sociedad no los percibe como tales, y eso crea un gran desconcierto. *“Me siento siempre como si llevara el vestido equivocado para la ocasión, como si me presentara en chándal en una boda”* describe una adolescente adoptada en la India. Niki, un joven de veintiséis años de los que ha vivido veintiuno en España, lo explica con rotundidad. *“¿Español? Solo he podido sentirme español con mi familia. He crecido aquí, no tengo nada que ver con Cabo Verde, hablo la lengua mejor que muchos españoles... pero en el día a día me recuerdan una y otra vez que no lo soy. Soy negro, eso está claro, pero nunca seré español”*. Su percepción del entorno cuando caminan ya en solitario por la vida, lejos del ala protector de sus padres, cambia radicalmente. *“Para mí Madrid es una ciudad hostil. Apenas pongo un pie en la calle, noto ya las miradas de desconfianza y desprecio”* explica una joven de diecisiete años nacida en Brasil.

Algunos adultos que fueron adoptados a temprana edad llegan a sentirse atrapados en un cuerpo que no les corresponde. Es el caso de Carla, una joven de origen asiático adoptada cuando era un bebé, que odia la forma de sus ojos, a cuya transformación dedica cada día largas sesiones de maquillaje: *“Quiero parecer lo que soy: una mujer española”*.

Los antes niños perciben con claridad la inconsistencia del discurso que prima lo cultural y obvia lo genético. Así lo explica Niki: *“Me enervo cuando un blanco dice que sólo hay una raza, la raza humana. Eso es negar la realidad que vivimos las minorías en una sociedad blanca, la historia, la discriminación cotidiana... Para mí es casi como negar el Holocausto”*.

AVANZANDO SIN HOJA DE RUTA...

A medida que acumulan experiencias como miembros de una familia multirracial, los padres son más sensibles a las injusticias del racismo, el alcance de los prejuicios y la discriminación, la necesidad de contrarrestar los estereotipos y la importancia del “factor racial” en la identidad. Entienden que no es suficiente con tender puentes con su lugar de nacimiento que les permitan sentir orgullo de su origen “cultural”. Antes o después toman consciencia de que tienen que educar a sus hijos para vivir en una sociedad en la que su aspecto físico marcará con frecuencia sus vivencias, y de forma creciente a medida que se aproximen a la edad adulta. *“Serán niños educados en la cultura blanca, pensarán como blancos, sus mayores referentes serán blancos... pero ellos continuarán siendo negros”* escribe una madre en un foro de adopción en Haití.

Al reflexionar sobre este tema, los adoptantes se sienten con frecuencia perdidos, como padres de inteligencia media educando a un niño superdotado, o como un padre monoparental educando en solitario a una hija. Puesto que hemos nacido y crecido en una sociedad monocolor, no estamos acostumbrados a manejar la raza como un elemento importante en la definición de nosotros mismos. “Identidad racial” es para nosotros un concepto vago y difuso, por lo que nos afanamos en buscar paralelismos que nos ayuden a entender lo que sienten y sentirán nuestros hijos y qué recursos necesitan para hacer frente a la discriminación –a veces cruel a veces sutil– que sin duda sufrirán a lo largo de sus vidas. Los hijos de inmigrantes o los que por razón de su orientación sexual, su obesidad o cualquier otro motivo se han sentido injustamente despreciados utilizan su propia experiencia para preparar a sus hijos.

Identidades acumulativas vs. Identidades divididas

Si bien en los primeros estadios de la adopción los padres están convencidos de que sus hijos se sentirán tan europeos, españoles, catalanes, vascos o gallegos “como nosotros, con el tiempo se percatan de la importancia del factor racial en la formación de su identidad. Sabemos que cuando al ver un hombre de rasgos asiáticos o africanos veamos simplemente una persona como nosotros, estaremos más cerca de entender el mundo en que nos ha tocado vivir pero mientras no llegue el día en que todo el mundo sea capaz de verlo así, las personas adoptadas interracialmente tendrán en la mirada ajena una dificultad añadida para conjugar sus orígenes y sus vivencias en un sano concepto de sí mismos. Conservarán de por vida unos rasgos físicos que denotarán una herencia genética lejana, y las personas, los espacios y las culturas con las que interactúen irán modelando lo que piensen, sientan y, en definitiva, sean.

Los padres adoptivos intercambian dudas y reflexiones sobre este aspecto. ¿Lograremos que se sientan enteramente europeos? ¿En qué medida es bueno que se identifiquen con su comunidad de origen? ¿Es el ideal sentirse “de aquí y de allí” al cincuenta por ciento? Si cuanta más cultura -o más culturas-, absorbemos, más

- 9 -

“Yo chocolate, papá galleta. Adopción y estereotipos raciales: la experiencia de las familias”. San Román, Beatriz.

[I Fórum Internacional de Infancia y Familias](#), Barcelona 2006.

Biblioteca virtual de www.postadopcion.org

somos, ¿por qué deberíamos forzarles a identificarse con una sola? ¿Por qué no podemos hacerles sentir orgullosos de ser tan chinos como gallegos o tan etíopes como catalanes?

El escritor de origen cubano Justo Vasco –padre de una niña nacida en Haití y que vivió en Moscú y Alemania entre otros lugares antes de instalarse en Gijón– lo enunciaba con estas bellas palabras: *“Ojalá seamos capaces de transmitir a nuestros hijos que uno no es más rico cuanto más tiene, sino cuanto más es”*.

CONCLUSIONES:

- Ciertamente la adopción interracial es una experiencia altamente enriquecedora para todos los miembros de la familia, pero es evidente que nos queda mucho por aprender sobre los retos específicos que conlleva.
- El término “raza” ha caído hoy en desuso y el discurso más extendido en nuestra sociedad se centra en las “diferencias culturales” . Ello lleva a las familias a pensar –al menos durante un tiempo– que sus hijos no tendrán serias dificultades para integrarse en la sociedad. Sin embargo, los testimonios de las personas adoptadas cuestionan esta premisa y nos abren nuevos interrogantes.
- Las familias han empezado ya a compartir sus inquietudes, reflexiones, experiencias y estrategias a través de internet, pero sería altamente deseable la realización de estudios que nos ayuden a comprenderlos mejor y una mayor concienciación y conocimiento por parte de todos los implicados, incluyendo a los profesionales que informan y atienden a las familias en los servicios de pre y post adopción.

⁽¹⁾ Datos extraídos de: La sociedad española y la inmigración extranjera. Colectivo Ioé (Pereda, C., Actis W., y de Prada, M.A.) Papeles de Economía Española, FUNCAS. N° 98. 2003.

⁽²⁾ Datos facilitados por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Secretaría de Estado de Servicios Sociales, Familias y Discapacidad. Dirección General de las Familias y la Infancia.

⁽³⁾ Idem.

⁽⁴⁾ Estivill, E. y Doménech, M. (2006). Cuaderno pedagógico: la adopción de un niño (*Incluido en el libro Lila tiene un hermanito*). Beascoa, Random House Mondadori.

⁽⁵⁾ Felez, M. (2006). ¿Cómo es ser madre de una niña negra?. [Blog colectivo de Postadopcion.org](http://blog.postadopcion.org). <http://blog.postadopcion.org>